

Gente Menuda

PERIODICO INFANTIL



SE PUBLICA LOS DOMINGOS

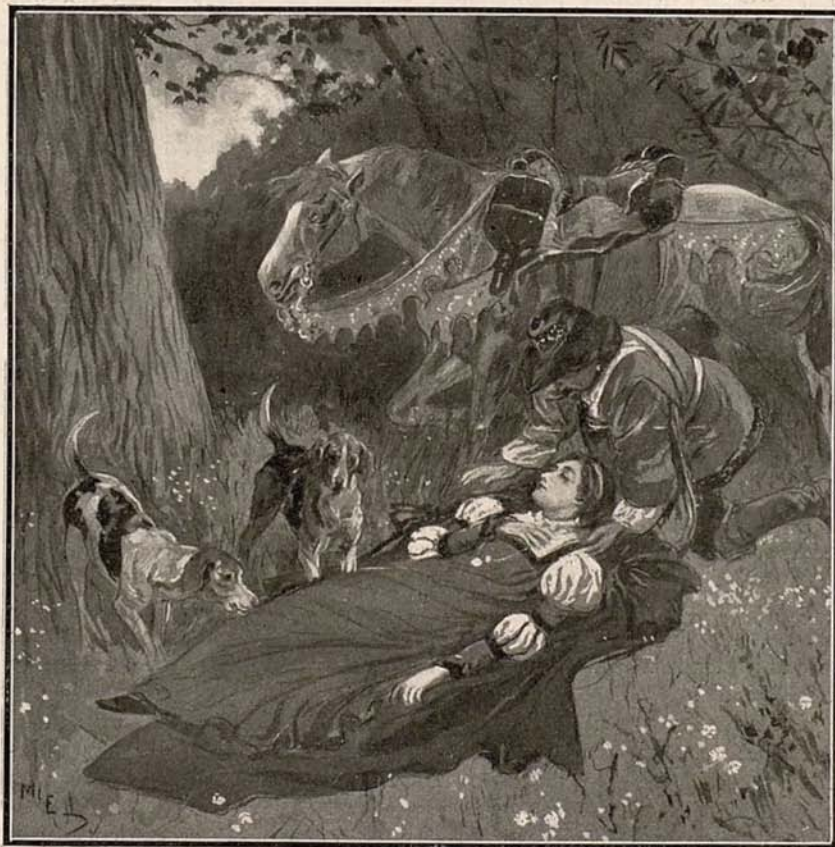


NÚMERO SUELTO, 10 CÉNTS.

AÑO III.

MADRID, 16 DE FEBRERO DE 1908

NÚMERO 7



EL RATON GRIS

CONTINUACIÓN

En tanto que Rosalía dormía, el príncipe Gracioso cazaba con antorchas por la selva; el ciervo, perseguido muy de cerca por los perros, vino huyendo á esconderse cerca del sitio donde Rosalía se hallaba. Los perros y los cazadores se lanzaron tras del ciervo, pero de repente, los perros cesaron de ladrar y se agruparon silenciosos alrede-

Ayuntamiento de Madrid

dor de Rosalía. El príncipe se apeó de su caballo y vió á la joven Rosalía que estaba vestida sencillamente, pero con un traje de seda que denotaba cierta posición; sus bonitas y blancas manos; sus rosadas uñas; sus hermosos cabellos castaños, graciosamente recogidos por un peine de oro; su calzado elegante, y un collar de perlas finas, indicaban un rango elevado.

No despertaba de su sueño á pesar del relinchar de los caballos, de los ladridos de los perros y del tumulto de una numerosa reunión de hombres. El príncipe, estupefacto, no se cansaba de mirarla; ninguna de las personas de la corte la conocían.

—No puedo—dijo á sus oficiales—abandonar así á esta desgraciada niña, que tal vez habrá sido abandonada víctima de alguna odiosa venganza. ¿Pero cómo llevarla así?

—Príncipe—le dijo su montero mayor,—¿no podríamos hacer un lecho de ramas y llevarla así á cualquier caserío vecino, en tanto que vuestra alteza continúa la caza?

—Vuestra idea es buena, Huberto, haced construir un palanquín, sobre el que la colocaremos; pero no es á un caserío adonde la llevaréis, sino á mi propio palacio. Esta joven debe ser de nacimiento ilustre, es bella como un ángel; quiero conducirla yo mismo para que reciba los honores á que tiene derecho.

Huberto y los oficiales arreglaron bien pronto el palanquín, sobre el que el príncipe extendió su manto; después, aproximándose á Rosalía, todavía dormida, la cogió dulcemente en sus brazos y la puso sobre el manto. En este momento, Rosalía pareció soñar; sonrió y murmuró á media voz:

—¡Padre mío, padre mío...! salvaros para siempre... la reina de las hadas... el príncipe Gracioso... Yo le veo, ¡qué bello es!

El príncipe, sorprendido de oír pronunciar su nombre, no dudó ya más de que Rosalía fuese una princesa, bajo el dominio de algún encanto. Hizo andar muy despacio á los portadores del palanquín, á fin de que el movimiento no molestara á Rosalía, y él continuó todo el tiempo á su lado.

Cuando llegaron al palacio de Gracioso, dió las órdenes oportunas para que prepararan el departamento de la reina, la colocaran en el lecho y recomendó á las doncellas que debían servirla que le avisaran en el momento que se despertara.

Rosalía durmió hasta el otro día; miró alrededor con sorpresa; el pícaro ratoncito no estaba detrás de ella; había desaparecido.

—¿Estaré libre de la maldita hada Detestable?—dijo Rosalía con alegría;—¿será que me protege alguna hada más poderosa que ella?

Se dirigió á la ventana; vió hombres de armas, oficiales engalanados con brillantes uniformes. Toda sorprendida iba á llamar á uno de aquellos hombres que ella creía otros tantos genios y encantadores, cuando sintió pasos; se volvió y se encontró al príncipe Gracioso, que, vestido con un elegante y rico traje de caza, estaba delante de ella mirándola

con admiración. Rosalía reconoció inmediatamente al príncipe de sus sueños, y gritó involuntariamente:

—¡El príncipe Gracioso!

—¿Vos me conocéis, señorita?—la dijo el príncipe admirado.—¿Cómo conociéndome he podido yo olvidar vuestro nombre y vuestra fisonomía?

—No os he visto más que en sueños, príncipe—respondió Rosalía muy enrojecida;—en cuanto á mi nombre no lo podéis conocer, porque yo misma no lo he sabido hasta ayer, ni el de mi padre tampoco.

—¿Y cuál es el nombre, señorita, que habéis ignorado tanto tiempo?

Rosalía le contó entonces todo lo que su padre la había dicho, y le confesó sinceramente su culpable curiosidad y las fatales consecuencias que había producido.

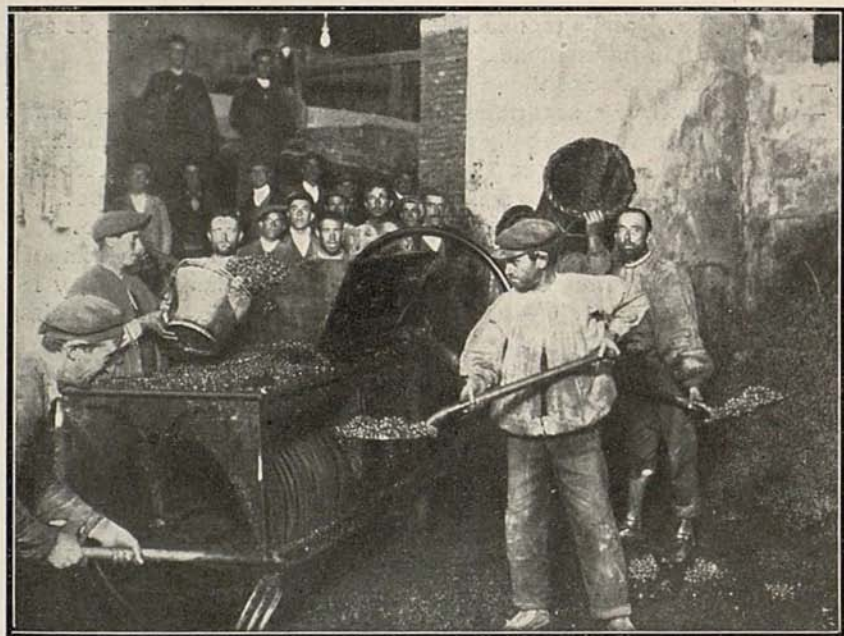
Gracioso le refirió cómo la había encontrado dormida en el bosque y las palabras de su sueño que había oído.

—Lo que vuestro padre no os ha dicho, Rosalía, es que la reina de las hadas, nuestra parienta, había decidido que fuerais mi mujer cuando cumplierais quince años; ella ha sido sin duda quien me ha inspirado el deseo de ir á cazar con antorchas, con el fin de que os pudiese encontrar en el bosque, en donde estabais perdida. Puesto que vais á cumplir quince años dentro de pocos días, Rosalía, dignaos considerar mi palacio como vuestro; disponed y mandad como reina. Pronto vuestro padre os será devuelto y podremos celebrar nuestras bodas.

Rosalía dió las gracias á su joven y bello primo; pasó á su cuarto-tocador, donde encontró una porción de doncellas que la tenían preparado un surtido completo de ropas y adornos. Después del almuerzo el príncipe la llevó al jardín; la hizo ver sus calles magníficas; al cabo de las calles había una pequeña rotunda guarnecida de flores escogidas, y en medio tenía una caja que parecía contener un árbol, pero una tela la envolvía completamente, viéndose solamente al través de la tela algunos puntos brillantes de una claridad extraordinaria.

Continuará.





EL VINO

Con recordar que Noé fué aficionado al vino, ya se tiene demostrada la antigüedad de éste. La Historia nos cuenta que en todos los países se ha conocido el cultivo de la vid y la fabricación del vino. En Palestina alcanzaban las uvas tan admirable desarrollo, que eran precisos dos hombres para transportar un racimo de uvas de un lado á otro. Los griegos eran, no sólo buenos fabricantes de vino, sino grandes comedores de uvas, y ponían su orgullo en contar con muchas variedades de este fruto, que apreciaban extraordinariamente. Los autores hablan de siete clases de vino, cuyas cualidades ponderan mucho; entre ellas está el famoso vino de Rodas, que era el preferido para las libaciones en loor de los dioses.

Platón decía que el vino es un remedio que presta vida á los viejos y les hace olvidar sus achaques.

En Roma eran famosos y muy buscados los vinos de Alba, los de los Alpes, los de los Grisones, el de Calenum en la Campania, el de Falerno, el de Messina y el de Sorrento. Los romanos gustaban del vino viejo, y más lo pagaban cuanto mayor era su edad. Habla Plinio de un vino de doscientos años que estaba compacto como si fuese miel.

Así como nosotros lo conservamos en las bodegas, y éstas están de ordinario en cuevas ó sótanos, los romanos lo guardaban en las buhardillas de sus casas, en donde, sin miedo á las temperaturas elevadas,

tenían las vasijas de tierra y de cristal que encerraban el precioso líquido. El cultivo de la vid no comenzó en las Galias y en España sino hasta muy avanzada la dominación romana; pero éste se difundió pronto, y llegaron á elaborar el vino tan bien como en Italia.

Los principios de la vinificación han sido siempre los mismos. Se cortan las uvas, se prensan, y el jugo ó mosto se encierra en vasijas, donde fermenta, lo cual quiere decir que el azúcar que el mosto contiene se transforma en alcohol. Claro está que el producto que así se obtiene no es lo que se puede llamar vino: su sabor es áspero y su aspecto turbio. Esta es la razón por la que en la antigüedad lo mezclaban con distintas substancias y lo hacían objeto de diversas manipulaciones. Los hebreos, los griegos y los romanos mezclaban el mosto, al salir de las prensas, con miel, y solían poner una tercera parte de ésta por dos de mosto. Lo perfumaban, además, con incienso ó con mirra, brea, almendras amargas, higos secos. El líquido que así se obtenía era espeso, parecido al jarabe azucarado, y para beberlo había siempre que echarle agua.

Catón da una fórmula para hacer vino que, por lo curiosa, no quiero dejar de transcribir. Dice que en diez partes de vino se echen dos de vinagre fuerte, dos de vino cocido y cincuenta partes de agua; que se revuelva todo con una pala tres veces al día por espacio de tres semanas; que se echen luego sesenta y cuatro partes de agua de mar, recogida con alguna anticipación; que se conserve esta mixtura en una vasija bien cerrada durante diez días, y que luego se tiene un vino delicioso.

Me apresuro á manifestar que dejó á Catón toda la responsabilidad por lo que le ocurra á aquel que, siguiendo al pie de la letra esta receta, fabrique el brebaje y lo ingiera.

Sabios eminentes se han dedicado en estos últimos tiempos al estudio de la vinificación, á investigar los fenómenos de la transformación en alcohol del azúcar que el mosto contiene, y á averiguar y prevenir las causas de las alteraciones que el vino sufre. Pasteur ha hecho interesantísimos trabajos acerca de la materia.

Y para terminar, añadiré que una vez más se ha confirmado que nada hay nuevo debajo del sol. Nuestros gobernantes acaban de disponer que el vino no pague derechos de Consumos á su entrada en las poblaciones, ¡y eso mismo ocurría en tiempo de los griegos y de los romanos!

JUAN ANTÓN





CÓMO SE EDUCÓ PILUCA

VI

Ya llegó, ya llegó! ¡Ya vino la *miss*!
Lo contaré todito.

Aquel día que dije que iba á ser obediente, cuando volví á casa me encontré con que papá me había comprado una muñeca muy grande y muy bonita.

—Esto—me dijo—para que veas que tiene mejor cuenta ser buena que ser mala.

¡Uy, qué preciosa es la hija nueva! Tiene unos ojazos muy retrecheros, grandes, grandes y azules. Unas melenas rizadas en tirabuzones y con dos *pompones* á los lados; las melenas son rubias; ella es casi tan alta como yo; ¡como que me llega á las pantorrillas! Estoy contentísima con mi muñeca, y la cuidaré mucho. Como no dice *papá* ni *mamá* y no se duerme, no me hace falta ver lo que tiene dentro, y así no se me morirá como la otra. ¿Cómo la llamaré? No sé; no se me ocurre nada. Puz aún pasaron más cosas raras. Al día siguiente mis hermanas me compraron una cocina atroz; lo menos tiene ocho ó diez cacharros... y ¡adivinen ustedes más cosas! ¿No lo aciertan? ¿Se dan por vencidos? Pues que mi hermano, el que me hacía rabiarse, también me regaló unas planchas y un almirez, todo de hierro; al dármele, me dijo:

—¡Toma, Piluca, porque eres buena; confío en que no me lo tirarás á la cabeza!

Yo me eché á reír; no, ya no se lo tiro, porque me he decidido á ser buena y porque me sale muy bien la cuenta; si acaso, al chiquitín por haberme puesto Piluca, y como él no tiene dinero para comprar juguetes, no pierdo nada con tirarle el almirez á la cabeza. Pues se-

ñor, resulta mucho ser buena. Al otro día, ó al otro, no me acuerdo bien, vino una señora muy alta, muy estrecha y muy rubia.

—¡Anda, como la muñeca!—pensé yo.—¡Lo mismito tiene el pelo! ¿Si se venderán en la misma tienda las maestras y las muñecas?

—Mira, nena—dijo mamá,—esta señorita se queda aquí para enseñarte lo que se necesita saber para no ser una *borriquita*, como dice papá.

—Bueno—contesté; pero no se me escapó decir que tenía el pelo como la muñeca. Lo que sí se me ocurrió fué llamar al gato muchas veces, diciendo:

—¡Miss! ¡Miss! ¡Miss!

¡Ay, Dios mío! Qué cara puso la señora aquella! ¡Atroz de fea! Me pareció que quería comerme con los ojos, pero no me comió; lo que hizo fué llamarme, darme un beso, y decirme:

—Yo querré mucho á esta niña, primero porque es muy linda, y después porque se la conoce en la cara que es muy buena, y que va á ser conmigo muy obediente, que es lo más divertido que puede hacer, para que así todo el mundo la quiera, y la mime, y la regale cosas; y para tener contentos á los papás y á la profesora. No me he fijado en que ha llamado al gato; sé que eso ha sido una travesura del diablillo que tenía dentro Pilarcita, y que se va para no volver.

La verdad es que me quedé muy asombrada. ¡También me llamaba buena aquella señora, á pesar de haberla hecho burla! ¡Vaya, será cosa de ser buena de verdad! Ya no volveré á hacer *miss, miss, miss*.

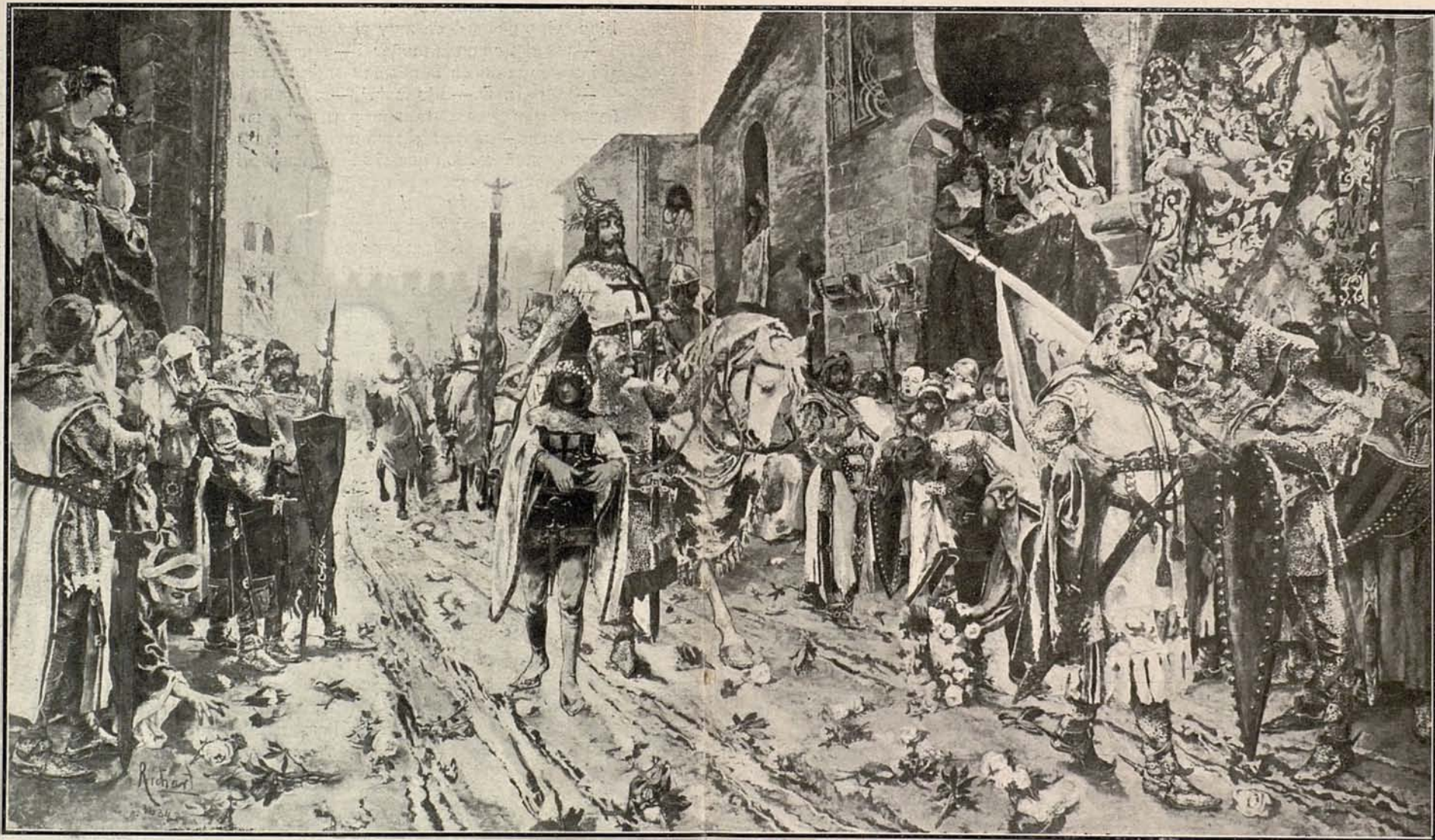
Esto de que le llamen á una buena y obediente es una cosa que compromete muchísimo. Además, me llamó Pilarcita y no Piluca, y esto también compromete; decididamente me parece bastante buena la señorita del pelo de muñeca, y si no me hace estudiar mucho y me deja jugar al *diábolo*, dando de vez en cuando con él á alguna persona, me parece que la voy á querer bastante. El que rabiará mucho será el chiquitín cuando sepa que no me llama la *miss* Piluca. ¡Anda, que rabie! A mí me gusta que siempre rabie alguien.

Ahora lo que me preocupa es el nombre de la muñeca. ¿Cómo la pondré? ¿Qué santos hay? ¡Jesús, qué compromiso tan grande!

¡Señor!, ¿pero cómo puede llamarse una muñeca?

MARÍA DE A. OSSORIO Y GALLARDO.





ENTRADA EN VALENCIA DE DON JAIME I

CUADRO DE F. RICHART

El glorioso monarca aragonés D. Jaime I, á quien la Historia otorgó el sobrenombre de *Conquistador*, entró triunfalmente en Valencia el 28 de Septiembre de 1238, víspera de San Miguel. Acompañábanle en esta entrada victoriosa la reina doña Violante, los arzobispos de Tarragona y Narbona, los obispos de Barcelona, Zaragoza, Huesca, Tarazona, Segorbe, Tortosa y Vich; los ricos-hombres y caballeros de Aragón y Cataluña, las Ordenes militares y los Concejos de las ciudades y villas. Valencia, que el Cid había poseído algunos años, era rescatada definitivamente del poder de los moros. Hizo D. Jaime enarbolar el pendón de Aragón en las almenas de la torre que después se llamó del Templo, y las mezquitas mahometanas fueron convertidas en cristianos templos, y después de algunos días se procedió al reparto de las casas y tierras entre los prelados y ricos-hombres, caballeros y Municipios, según la gente con que cada uno había contribuido á la conquista.



EL GATO MIMADO

¡Qué figura tan bonita!
¡Qué piel de tan fino tono!
No se vió gato más mono
que el gato de Carmencita.
Vivaracho, inteligente,
siempre de Carmen al lado,
era el bicho más mimado,
de todo bicho viviente.
Y ella para ponderar
su talento peregrino,
decía siempre: «Al minino
no le falta más que hablar.»
En realidad, el saber
de gato tan celebrado
y consentido y mimado,
era... dejarse querer.

Dormir en mullida cama,
estirarse perezoso
y restregarse mimoso
contra las faldas del ama.
Carmen, que estaba tan hueco
con un cariño tan fiel,
comenzó á jugar con él
como con una muñeca.
Y al agitarle en sus brazos,
aquel bicho encantador
se sintió de mal humor
y la llenó de arañazos.
*Sed cautos, porque así es
todo hipócrita taimado:
dócil mientras es mimado,
saca las uñas después.*

L.



LAS VIOLETAS

Solazábase la abuela con sus dos nietas en el jardín. Sentada en un banco, disfrutaba plenamente del placer de tomar el sol aquel día radiante y espléndido. Las nietas, cansadas ya de jugar, se acercaron á ella, y mimosas y acariciadoras, le dijeron:

—¿Qué hacemos, abuelita...?

—Si ya no queréis jugar, podéis buscar flores...

Las lindas chiquillas se miraron y se sonrieron como diciéndose: «¡Qué buen humor tiene la abuela...! ¡Pues no nos manda á buscar flores cuando no habrá una en todo el jardín...! ¡Cuando el invierno ha desnudado las acacias y los olmos; cuando los rosales están como secos; cuando los geranios y todas las plantas delicadas se guardan en la estufa...!» Pero la abuela, que leyó en sus rostros lo que pensaban, añadió:

—¿No oléis á nada?

Las chiquillas aspiraron con fuerza el viento y notaron que todo el jardín estaba como lleno de un suave y penetrante perfume.

—Huele á pañuelo de mamá—gritó la mayorcita.

—Huele á violetas. Buscad, buscad, y veréis qué flores tan bonitas...

Allá fueron ambas nietas en busca de las violetas; pero como estas florecillas suelen estar en las apartadas y escondidas umbrías, hubieron de dar muchas vueltas á macizos y paseos antes de que la más pequeña, gritando alegremente, llamara á su hermanita y á su abuela, diciendo:

—¡Ya están aquí...! ¡Ya las encontré...!

Efectivamente, allí estaban, á espaldas de un mudo surtidor, ocultas modestamente tras unos altos lirios, verdes y lozanas, á pesar de los hielos y escarchas, con las moradas florecillas mirando humildes el suelo...

—¡Cuántas hay!—exclamó la mayor.

—Sí hay muchas, sí—dijo la abuela;—pero no tantas como en Niza, en donde, á más de enviarlas á Rusia por vagones, todavía quedan las suficientes para recolectarlas como espigas. Estando yo en esa población vi un extenso campo de olivos lleno de estas simpáticas flores. Veinte ó treinta mozuélas, cada cual con su cesto al lado, ocupábanse en cortarlas, y cuando los cestos rebosaban, iban á un edificio cercano á cambiarlos por otros vacíos.

—¿Y para qué las cortaban, abuelita?—dijo la pequeña.

—Hijas mías; aquel edificio era una de tantas fábricas de perfumes como hay por los alrededores de Niza, y aquellas flores, que pasaban á él llenas de vida, morían en aras de la Industria para convertirse en la delicada esencia con que mamá perfuma sus pañuelos.

—¡Y están muy escondidas, abuelita!—exclamó la pequeña.—¡En qué me he visto de encontrarlas. .!

—Las violetas, hijas mías, son muy modestas. Gustan de que las gentes las busquen por su perfume y no por su hermosura; ejemplo que debéis imitar procurando agradar á las personas, no por la hermosura del cuerpo, que muere con los años, sino por el perfume de las buenas cualidades que nunca se aviejan...
JOSÉ A. LUENGO





LA DONCELLA DE ORLEANS

Este es el sobrenombre glorioso que tiene la heroína Juana de Arco en la historia de Francia. Corrían días angustiosos para el monarca Carlos VII. París estaba en poder de los ingleses que mandaba el duque de Redfort, y errante el monarca de ciudad en ciudad, parecía llegada la última hora para Francia, víctima de la invasión inglesa, cuando una anciana profetizó que en breve aparecería una doncella que Dios enviaba para salvar la patria.

En efecto; una aldeana de dieciséis años dejó su hogar y fué á presentarse al Rey, y tal impresión le causaron la gentil presencia y la persuasiva palabra de la iluminada doncella, que la confió un mando militar, y se puso en campaña para obligar al enemigo á levantar el sitio de Orleans. Logró Juana de Arco su propósito; fué recibida en triunfo por Carlos VII, y en sucesivas batallas llevó al Rey de triunfo en triunfo, en Soissons, en Saint Denis y á las mismas puertas de París.

Por la ingratitud del Rey hubo de separarse de él, y guerreó contra los borgoñones, partidarios de Inglaterra. En una salida contra ellos, delante de Compiegne, fué hecha prisionera, y entonces comenzó su martirio. De fortaleza en fortaleza fué vendida á los ingleses, que la encerraron en el castillo de Rouen y la procesaron, condenándola á morir en la hoguera. El suplicio se ejecutó el 31 de Mayo de 1431.

LOS DOS RECTANGULOS

Con este juego de paciencia podéis entretener á vuestros amigos y poner á prueba su ingenio, y os quedará probablemente la gloria de ser el llamado á dar la solución, pues no darán con ella fácilmente.

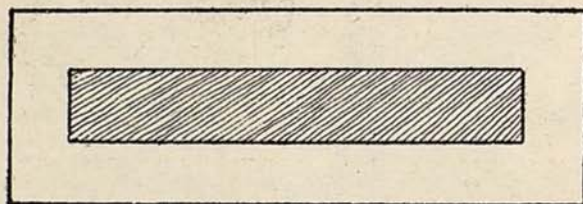


FIG. 1.^a

En un trozo de cartulina trazad un rectángulo de 24 centímetros de largo por cuatro de ancho y recortadle con unas tijeras, ó mejor con un cortaplumas (fig. 1.^a). En otra cartulina recortad

otro rectángulo de seis centímetros de ancho por 16 de largo (figura 2.^a), y dando á vuestro amigo el primero, ó sea el que ha quedado con la abertura rectangular, decidle que cubra esta abertura con el segundo, con la condición de no poder cortarle más que en dos partes iguales.

Cuando se dé por vencido, daréis la solución del modo siguiente:

Trazáis sobre el rectángulo número 2 una línea vertical por el centro A B, y otras dos en

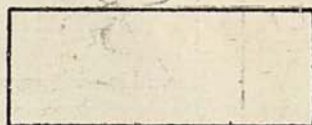


FIG. 2.^a

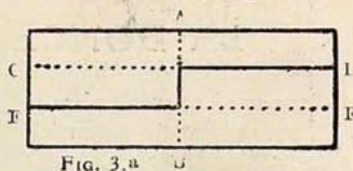


FIG. 3.^a

el sentido de su longitud C D y E F, que le dividen en tres partes iguales (fig. 3.^a). Con unas tijeras, y siguiendo el trazo negro que se ve en esta figura, cortad el rectángulo en dos partes iguales, y con ellas os será facilísimo tapar la abertura del primero exactamente.

Por un procedimiento igual á éste se puede transformar el cuadrado (fig. 4.^a) en un rectángulo (fig. 5.^a). Trazad una vertical que divida el cuadrado en dos partes, luego dos horizontales que le dividan en tres, y cortando por la línea marcada de negro, se obtendrá el rectángulo de la figura 5.^a, en

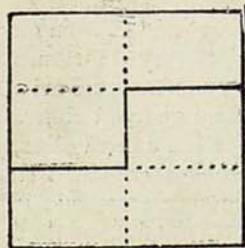


FIG. 4.^a

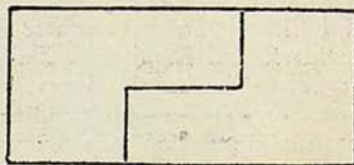


FIG. 5.^a

el que las líneas marcan la colocación que ha de darse á las dos partes del cuadrado.

EL DIÁBOLO SALVADOR



1. Juanito era una maravilla en el juego del diábolo, que iba á jugar á los sitios más concurridos.



2. En cuanto empezaba su divertido ejercicio, la gente se iba quedando parada para admirarle.



3. Lanzaba el carrito tan alto, que dicen tardaba algunas veces en bajar dos y tres días.



4. En las afueras se reunieron dos anarquistas terribles, para decidir a destrucción del planeta.



5. Para proceder con método, acordaron, en primer término, volar la ciudad aquella tarde.



6. Para mayor impunidad, se elevan en un globo que tenían preparado al efecto.



7. Juanito había lanzado el carrete tan alto, tan alto, que se perdió de vista por completo.



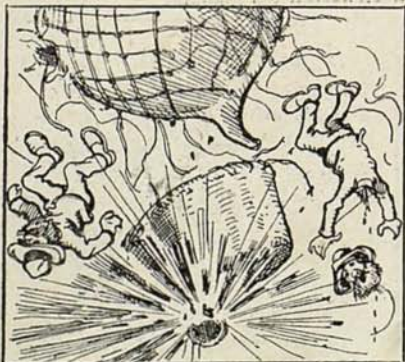
8. Los terribles anarquistas, una vez suficientemente elevados, arrojan la bomba destructora.



9. Juanito, que esperaba el carrete, ve bajar rápidamente un cuerpo extraño.



10. Que recibe en el hilo, y dando un hábil impulso lo lanza velozmente á las alturas.



11. Donde tropieza con la barquilla del globo, estalla, y allí perecen los terribles anarquistas.



12. La población agradecida, le corona de laureles, le regala un diábolo de honor y le vitorea entusiasmada.